

Venezuela: La crisis política y los medios de comunicación

Aníbal Romero

2003

En todas partes del mundo, los gobiernos suelen acusar a los medios de comunicación de sus países de resaltar lo negativo y distorsionar la realidad. A los medios de comunicación de Venezuela se les acusa de exhibir una predisposición escandalosa contra el gobierno, de librar una “guerra” contra Chávez, de una politización excesiva que entorpece su capacidad de funcionar con independencia.

Sus críticos, entre ellos corresponsales extranjeros bisoños en cuanto a Venezuela y con apenas una o dos semanas en el país, se quejan de que “los medios de comunicación venezolanos están unidos en contra del gobierno”.

Algunos dicen que los dueños de esos medios despliegan una campaña concertada y hasta conspirativa para acabar con el régimen de Chávez, o al menos para avivar el descontento y el malestar. Tal como observó Marcel Granier, director de RCTV, en una rueda de prensa con corresponsales extranjeros, no se puede entrar a un cine al final de la película y pretender asignar a los protagonistas adversarios la misma cuota de responsabilidad: lo que ha moldeado el desenlace es la trama que no se ha visto.

No se puede evaluar con precisión el estado actual de las relaciones entre los medios y el gobierno sin tomar en cuenta su evolución desde 1998. ¿Cuántos observadores extranjeros pueden recitar la letanía de agresiones contra los medios patrocinadas por el gobierno? ¿Qué tanto han oído las diatribas y recriminaciones del presidente Chávez contra los medios durante las 130 emisiones de su programa “Aló, Presidente”, sus incontables cadenas, sus insultos y amenazas contra personas identificadas con nombre y apellido? ¿Cuántos saben de sus abusos y de su manipulación de las autoridades tributarias y de Conatel con el objetivo de ejercer presión sobre la cobertura de los medios? ¿Qué saben de su uso de espías de la DISIP para hostigar y de delincuentes pagados para atacar a los reporteros? Los venezolanos sí han oído esas amenazas. Los venezolanos sí vieron a los círculos violentos desatarse el 13 de abril, el 4 de noviembre, de nuevo el 9 de diciembre y en numerosas ocasiones más. No se olvide que este mismo gobierno acusó, ya en 1999, al Washington Post, al New York Times, a El País, de España, a la Associated Press y a otros medios de comunicación internacionales de conspirar en su contra mediante su cobertura negativa. Chávez considera que toda cobertura crítica de los medios es una conspiración: uno de sus incontables “enemigos” oligarcas de la grandiosa Revolución, que se debe enfrentar y derrotar. Como él no es demócrata no puede comprender el papel que los medios independientes deben desempeñar en una sociedad democrática; el vigilante crítico dispuesto a alertar al público de los abusos del gobierno.

Los venezolanos saben que la mayoría de los medios de hecho apoyaron a Chávez durante su campaña de 1998. Ha sido apenas durante los últimos dos años que la mayoría de los medios venezolanos han llegado a considerar a

Chávez como un enemigo irreconciliable de la libertad de expresión. Los venezolanos saben que, incluso ahora, acusar a los medios independientes de una oposición monolítica a Chávez es un ejercicio simplista y falso. Incluso aquellos medios que se oponen abiertamente al gobierno, tales como Globovisión y El Nacional, también abren sus espacios a los puntos de vista del gobierno, invitan a funcionarios gubernamentales a entrevistas y a programas de debates y publican artículos de opinión escritos por simpatizantes del gobierno. En artículos de la prensa extranjera publicados recientemente se critica la “obsesiva” cobertura por parte de los medios venezolanos de los asesinatos de la Plaza Altamira y del persistente paro cívico nacional. ¿Qué deberían hacer los medios independientes ante tales sucesos? ¿Ignorarlos? La nación se encuentra en una situación dramática e histórica. Los medios reflejan esta realidad. ¿Deberíamos preferir la insípida cobertura de los medios oficiales y su comparsa de ministros ensalzando los avances económicos de la Revolución, su postura servil ante funcionarios gubernamentales corruptos y mendaces, su pertinaz renuencia a reconocer siquiera la existencia de una oposición? Buena parte de las críticas apunta a ciertos rasgos y prácticas del periodismo venezolano. Pero se trata de características inherentes al periodismo de este país, no de innovaciones concebidas para atacar a Chávez. Algunos se quejan, por ejemplo, de las denuncias divulgadas a través de notas de prensa. Si nuestro sistema judicial funcionara adecuadamente, quizá la gente no usaría los medios para hacer esas acusaciones. Ciertamente es que los periodistas venezolanos pueden publicar acusaciones basándose en una sola fuente, mientras que un periódico estadounidense quizá no lo haría. Pero hay cierta medida de ironía en las quejas de este gobierno, ya que el vicepresidente Rangel erigió su supuesta reputación como periodista sirviéndose de denuncias anónimas de corrupción. Esa práctica ya existía mucho antes de Chávez y seguramente perdurará después de su partida. Lo mismo vale para otras críticas a los medios venezolanos: que su cobertura es sensacionalista, que es un escenario para las quejas y el descontento de la oposición, que está politizada y parcializada. No se trata tanto de que los medios hayan ocupado un espacio político otrora habitado por los partidos, tal como denuncian muchos. Sería más preciso decir que los venezolanos politizados —y durante su presidencia Chávez no ha hecho gran cosa más que dividir y politizar a este país— no tenían otra opción para dar a conocer sus puntos de vista que pasar al foro de los medios de comunicación, una vez que Chávez hubo culminado su destructivo paseo por el paisaje político venezolano. Están surgiendo nuevos foros, en la calle y en la sociedad civil, que se están convirtiendo en las avenidas de la actividad política. Los periodistas estadounidenses piensan que son “objetivos” y “neutrales”. Si eso es cierto, entonces ¿por qué han surgido organizaciones tales como Fairness and Accuracy in Reporting (FAIR), Accuracy in Media (AIM) y el Media Research Center? ¿Por qué los republicanos critican la “predisposición liberal” de los medios estadounidenses? ¿Por qué los demócratas se quejan de la cobertura de Fox Television? ¿Acaso el Washington Post trata a los políticos demócratas y republicanos del mismo modo? En un artículo publicado recientemente por Newsweek se describe el excesivo protagonismo político del

New York Times. Los estadounidenses están al tanto de las predisposiciones políticas de sus medios de comunicación y evalúan la cobertura que éstos presentan con ello en mente, del mismo modo que los ingleses esperan que The Guardian presente un sesgo de la noticia distinto al del The Times. Lo mismo es válido para los venezolanos.

Sí, los medios venezolanos a menudo toman partido. El periodismo venezolano es un periodismo de defensa, no un periodismo autoproclamado supuestamente “neutral” u “objetivo” que, de hecho, no existe. Pero los medios de comunicación venezolanos han sido así por mucho tiempo. Chávez no se quejó cuando los periodistas acudieron en masa a ofrecerle un foro público, ni cuando reflejaban sus puntos de vista de manera aprobatoria. En justicia, no se puede quejar ahora cuando esos mismos medios de comunicación, con los mismos criterios, ahora lo critican a él. La democracia venezolana está en peligro, amenazada por el “proyecto” revolucionario de un “líder” megalómano, demagógico y autoritario que en demasiadas ocasiones ha demostrado su sesgo antidemocrático. La sociedad venezolana está luchando para proteger su democracia contra ese peligro. Los periodistas venezolanos forman parte de esta sociedad. ¿Es moralmente superior mantenerse distanciados de dicha pugna? ¿Cómo sería si los problemas fueran el sistema de apartheid de Sudáfrica, las violaciones a los derechos humanos por parte de Pinochet o la segregación racial en el propio Estados Unidos? ¿Deberían los medios cubrir débil e insulsamente a ambas partes por igual? ¿Cuál es la conducta más ética: la neutralidad ante lo indebido o tomar partido basándose en las propias convicciones?

Según el código de ética profesional de la International Catholic Union of the Press, el periodista está obligado a “contribuir en la medida de lo posible a la lucha contra (...) regímenes totalitarios y autoritarios”. El código de ética del Colegio Nacional de Periodistas de Venezuela (Artículo 43) establece: “El periodista tiene la obligación de luchar sin pausa contra todo régimen que viole los principios de democracia, libertad, igualdad y justicia”. Los periodistas extranjeros tienen alternativas, dado que Venezuela no significa gran cosa para ellos. Los periodistas venezolanos pueden tomar otras decisiones porque lo que está en juego es su propio país. Que se respete su derecho a tomar sus propias decisiones.

El periodismo venezolano es distinto en sus prácticas del periodismo estadounidense. Estoy seguro que tiene sus debilidades. Pero también tiene sus fortalezas: los medios están en manos de una gran diversidad de sectores distintos, hay una amplia gama de alternativas informativas y existe la determinación de descubrir noticias difíciles y darlas a conocer. ¿Acaso hemos olvidado los deslaves y las inundaciones de diciembre de 1999, cuando el gobierno insistió en que todo estaba bien y la tenacidad de los medios fue lo único que permitió que se conociera la verdad sobre el desastre?

La fortaleza más impresionante y valiosa de los medios venezolanos es lo que vemos resaltado actualmente: su absoluta renuencia a plegarse a las presiones gubernamentales, su desafío a la violencia y a las amenazas de violencia. Los periodistas venezolanos se distinguen por su valentía. Ni siquiera los corresponsales de guerra se encuentran a menudo en situaciones en las que

ellos mismos son los blancos de las balas. Los periodistas venezolanos encaran este peligro cada vez que cubren algún acto progubernamental. Por último, recuérdese la naturaleza de los medios independientes en una sociedad democrática. Según Thomas Jefferson, lo que más conviene a la democracia son medios de comunicación que compitan entre sí. Si el público dispone de varias alternativas de entre las cuales puede escoger libremente, entonces premiará a aquellos medios que mejor informen, analicen y, por qué no, que entretengan también. Los medios que tengan un desempeño deslucido perderán la estima del público y otros surgirán. El único juez legítimo es el público, y la única medida cierta de la labor de un medio de comunicación es su credibilidad ante el público.

Repetidos sondeos de opinión han demostrado que los medios venezolanos encabezan la lista de las instituciones del país en términos de credibilidad, o están muy cerca de esa posición. ¿Quién presume de poner sus juicios personales por encima del criterio colectivo del pueblo? ¿Qué es más importante, las quejas del gobierno de Chávez de que los medios son injustos, o la abrumadora certeza de la mayoría en la confiabilidad de los medios? Los medios de comunicación privados que se muestran más críticos del gobierno disfrutan de la mayor circulación, las audiencias más grandes, los niveles de sintonía más elevados. La televisión estatal languidece en los últimos niveles de sintonía. Los numerosos intentos de Chávez por publicar un periódico han sido recibidos con un gran desdén por el público. En una sociedad democrática, ¿no es el público el que debe determinar cuán bien desempeñan su papel los medios de comunicación? Entonces, que se acepte el juicio del público venezolano. Una vez que Chávez se haya marchado y que el ambiente político se haya enfriado, llegará la hora de que los periodistas profesionales venezolanos tengan plena libertad para reflexionar sobre su desempeño durante estos años. Los más perceptivos —los más profesionales— reconocerán y admitirán sus errores y trabajarán para corregirlos. Sin embargo, todo juicio equilibrado deberá elogiar a los medios de comunicación venezolanos por defender la democracia cuando las demás instituciones del país eran demasiado débiles para defenderla. Se saludará a los reporteros venezolanos por su valentía y resistencia ante las amenazas viles y la violencia aterradora. Y estoy seguro de que los sobresalientes profesionales de los medios de Venezuela lucharán para hacerse aún mejores. Espero que aquellos observadores extranjeros —no todos ellos periodistas— que se apresuraron a emitir juicios también recapacitarán y corregirán sus errores.